

## PLATICA XLIV.

DE QUÉ PROVENGA QUE NO LOGREN MUCHAS ALMAS TODOS LOS  
ADMIRABLES EFECTOS DE LA DIVINA EUCARISTÍA

A 27 de Junio de 1694.

**L**A admiracion, hija de la ignorancia, es madre tambien de que nace la sabiduría, porque de lo que por ignorarlo se admira, se sigue con mas curiosidad averiguarlo; y de su averiguacion se logra su noticia: *Propter admirari ceperunt omnes philosophari*, dijo el gran Aristóteles. Una admiracion pues, que suspendió atónito todo el gran entendimiento de Salomón, es la misma que hoy contiene y suspende toda mi ignorancia. Ojalá y de su averiguacion saquemos el mayor provecho de la mayor sabiduría. ¿Cómo puede suceder, dice aquel mayor Sabio del mundo, que esconda un hombre en el seno una brasa encendida, y que no ardan sus vestidos al punto en vivas llamas? Tener el fuego en el pecho, y sin quemarse; ocultar

una ascua en el vestido y no arder todo, ¿cómo puede ser tal prodigio? *Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, ut vestimenta ipsius non ardeant?* (*Prov. 27.*) Así suspenso se admiraba Salomón. Así atónito mejor se pasma mi discurso: aquella mas viva ascua que en el Trono de Dios vió Isaias, aquel encendido fuego, aquella ardiente brasa es la que metemos en nuestro seno, es la que intimamos en nuestro corazon con el Divino Sacramento del Altar, la llama toda de un Dios, el fuego mismo de la Divinidad: *Deus noster ignis consumens est.* (*Damas. lib. de Fid. cap. 14.*) ¿Cómo pues no ardemos? ¿Cómo no nos abrasamos? ¿Tanto fuego en el seno? ¿Pues dónde están nuestras llamas? ¿dónde nuestros ardores? ¡Oh, si esta justa admiracion ocupara nuestros entendimientos, cómo despues de vernos convencidos quedariamos mejor aprovechados!

Explícome mas, porque de entender bien este punto pende el gozar de aquel Divino Sacramento los imponderables provechos.

Si allí el Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios tienen por efectos suyos, no solo unir consigo al alma que dignamente los recibe, no solo aumentar en ella la gracia, sino tambien purificarla de imperfecciones, fortalecerla para los combates, alentarla á las virtudes, ¿cómo con todo eso vemos, experimentamos, sentimos, que tantas almas que lo frecuentan, que reciben muy á menudo este Pan Divino, aprovechan tan poco en la virtud, tan poco adelantan en la perfeccion, que despues de ciento y de doscientas Comuniones se quedan como antes eran, soberbias, impacientes y vanas, tibias, parleras, y en todo divertidas? ¿De dónde puede venir esta desdicha? ¿de parte del Sacramento, ó de

parte de quien lo recibe? ¿No es aquel Pan de los Angeles el que en sí contiene todas las gracias y todas las virtudes? ¿No es allí el mismo Cristo el que á manos llenas reparte sus favores? *Qui dat omnibus affluenter.* (Jac. ep. c. 1.) ¿No es el que con aquel Sacramento vino á encender el fuego de su amor en las almas? ¿No es ese todo su deseo, no son esas todas sus ansias? *Et quid volo, nisi ut accendatur?* ¿No es este Sacramento Divino aquel fuego que, solo al tocarlo al acabar de consagrar y al levantar la Hostia Santo Domingo de Guzman, se elevaba en el aire tan cercado de llamas, que solo á su contacto parecia todo de fuego? *Et ab igne, quo intus ardebat corpus ejus subvectum veluti in ignem convertitur.* ¿No es este fuego Divino el que muchas veces, al consumir la Hostia San Francisco de Borja, le hacia echar de todo su rostro vivas llamas? *Ad consumanda mysteria ita incaluisse, ut etiam vultus ignesceret,* dice nuestro Saquino. (Hist. 2. p. pag. 400.) ¿Cómo pues este fuego no levanta la llama en nuestros corazones? ¿Cómo estos favores no se sienten? ¿Cómo estas gracias no se experimentan? ¿Cómo vemos, en fin, que no pocos que lo reciben cada ocho dias, ó cada tres, ó todos los dias, con todo eso este fuego Divino no consume el humor resvaladizo de las lenguas, el viento inútil de la vanidad, el nocivo calor de la ira, las precipitadas palabras de la impaciencia? Este Divino Sacramento que hace por otra parte tantas maravillas, ¿cómo así en las almas que lo reciben, ó todos los dias ó casi todos, se las deja como antes, tibias, divertidas, impacientes? ¿Cómo este fuego en el seno, no arde siquiera en los vestidos? Esta es, católi-

cos, mi admiracion; mirad si es justa: este es mi asombro; mirad si es bien fundado.

No hablo pues ahora con los que muy de tarde en tarde, con los que cada año reciben este Sacramento, que de esos desde luego conozco el origen de su desventura, y temo que sean heno preparado para el infierno, leña seca para arder en eternas llamas: *Percussus sum ut fœnum et aruit cor meum,* dice en nombre de estos David. (Psal. 100) Estoy marchito y helado; como el heno se ha secado mi corazon. ¿Y por qué? *Quia oblitus sum comedere panem meum:* porque eché en olvido comer mi pan. Un año entero sin comer, ¿cómo estaria la vida del cuerpo? Y sin aquella su única comida, ¿cómo estará en estos la vida del alma? Ya lo dicen sus rotas costumbres, su perdicion y sus escándalos. Ea, que con esos no hablo, ni hablo con los que reciben (si es que tal atrevimiento puede haber en quien tiene fé) no hablo digo, con los que indignamente reciben aquel Sacramento en pecado mortal. ¡Oh, Dios! ¿Qué he de hablar, si les habla á la conciencia patente su condenacion? *Judicium sibi manducat, et bibit.*

Hablo pues, con los temerosos de Dios, con los hijos de su casa, con los amigos de su mesa: aquí está lo vivo de mi admiracion: ¿cómo no llevando conciencia de pecado mortal, con todo eso no vemos en sus mejoras, en sus adelantamientos, en sus virtudes, de este Divino Sacramento logrados los efectos? Cierto es que los que así sin conciencia de pecado mortal lo reciben, consiguen el principal efecto, que es el aumento de la gracia santificante, en esto no hay duda; pero las demas gracias actuales, auxilios, quiero decir, que allí dá el Señor al alma para refrenar las pasiones, para mejorar los

afectos, para consumir los vicios, para aumentar las virtudes, ¿cómo no los vemos logrados? ¿Cómo las imperfecciones duran? ¿Cómo las culpas veniales permanecen? ¿Cómo con la misma salud no estamos sanos? ¿Cómo con la misma luz no estamos lucidos? ¿Cómo con la misma Santidad no estamos santos?

Ea, basta de admiracion y de preguntas, basta. ¡Oh, si dieran las respuestas nuestras propias almas! Mas por todas las dió el Señor con una admirable comparacion á su querida esposa Santa Catalina de Sena: (*Dial. c. 110.*) ¿Si tú, hija, le dijiste, tuvieras encendida una candela, y todo el mundo llegara á encender luz en ella, no repartiria la luz y el fuego sin disminuirse? Ya lo ves. Ahora pues, ¿pero si los que iban llegando, unos traían unas candelitas pequeñas de cuatro onzas, otros velas de á libra, otros cirios gruesos y grandes, aunque todos llevaban luz y fuego, ¿no te parece que mas luz y mas fuego llevaria el que trajo un cirio de seis libras, que el que trajo una candela de cuatro onzas? Ya se ve. Así pues sucede en mi Sacramento, en los que sin conciencia de pecado mortal le reciben: todos llevan la luz y el fuego de la gracia; pero el llevar alguna tan poca luz, tan poco fuego, su disposicion lo hace, su corta preparacion: *Tantum ergo percipitis ex isto lumini, quantum vos disponitis cum sancto desiderio ad recipiendum.* Cese pues nuestra admiracion, si no experimentamos la luz mas crecida y el fuego mas ardiente de este Divino Sacramento, por nuestra corta disposicion, porque llevemos unas candelas en que apenas puede tenerse la llama.

Señalaré mas estos defectos de disposicion á los temerosos de Dios; y no hablo ahora de la dispo-

sicion precisa y necesaria para recibir en este Sacramento la gracia, que de esto hablaré despues: solo hablo de la disposicion para recibir mayor provecho, para crecer en la virtud, para llegar á la perfeccion. Tres pueden ser las causas de tanto malogro de repetidas Comuniones. La primera, la falta de consideracion con que nos llegamos á comulgar, tan sin pensar lo que hacemos, tan sin hacer concepto de qué Manjar es el que recibimos, tan divertidos á lo exterior los cuidados, tan barajadas con los negocios de la casa y de la hacienda las atenciones, que ni la fé se excita, ni la memoria se acuerda de qué beneficio es el que recibimos. ¿Qué mucho es pues, que no sienta luego el alma con mayor eficacia sus provechos? Por eso el lobo, que es el mas comedor de los brutos, está siempre magro y flaco, dicen los naturalistas; porque siendo tan comedor y tan voraz, no masca la comida, sino que á toda prisa la engulle, y así nunca le entra en provecho. Y si lo mismo sucede en la material comida del cuerpo, que es menester hacer su primera digestion mascándola, á este Pan, que es de vida y de entendimiento: *Panis vita, et intellectus*, la consideracion ha de ser la que lo mástique, pensando antes despacio: ¿quién viene en el Sacramento, á quién viene, cómo y con qué fines viene? Si esto se pensara despacio, ¡oh, cuáles serian en cada Comunión nuestros provechos! El *maná* ya saben todos que tenia de todos los manjares el sabor; mas para que á cada uno le supiera á lo que queria, habia con eso de pensarlo antes; quieró que me sepa á tal manjar; porque si nada pensaba á nada le sabia. ¡Oh, qué de cristianos se llegan á la Comunión, se ponen de rodillas, se dan golpes de pecho, reciben al Señor; y á todo

esto ni el menor pensamiento de lo que hacen, ni un solo acto de fé de qué es lo que reciben! De modo que se les puede decir: *Vos adoratis quod nescitis.* Ya por costumbre, ya por uso, libritos que ya se leen de memoria; y á todo eso divertida el alma, agena de lo que hace. ¿Cómo pues sentirá el sabor de lo que come? Aun en lo natural no sé qué sainete dá sabor al gusto, si lo precioso del manjar, ó lo costoso de la vianda. Por eso aquel monstruo, vil esclavo de su vientre, Heliogábalo, hacía que al ponerle el plato le dijeran cuánto habia costado, haciendo el valor gusto picante del apetito. Y si pensáramos cuánto le costó á Dios darnos aquella vianda, ¿cuánto sería al comerla nuestro gusto? Si un amigo, si una persona de nuestro cariño nos envia á la mesa un plato, por eso solo se nos hace mas gustoso; pues si consideráramos qué amigo es el que nos hace allí el plato, ¿cuáles serian allí nuestras delicias?

Mas no es solo esta falta de consideracion la causa de nuestro poco provecho, sino lo poco tambien que consideramos nuestras pasioncillas, nuestros torcidos afectos, nuestras bastardas inclinaciones: no hablo de las graves, hablo de las que se desprecian, de aquellas de que no se hace caso para arrancarlas del alma; y esas son la segunda causa de que no se logren en este Divino Sacramento colmados los provechos: *Novate vobis novate,* nos dice Dios por Jeremias, *et noliti serere super spinas.* Primero es limpiar el campo de las yerbas todas, para que la mies crezca; que, ¿quién sembrará sobre las espinas el trigo? Si tanto cuida el labrador de escardar una y otra vez, aunque el trigo vaya creciendo, aunque tenga el riego abundante, ¿cómo afectillos torcidos no se escardan del alma para

que este Divino trigo dé sus frutos?—¡Oh, que no es enemistad la que tengo, que no importa nada, no es mas que un sentimiento! ¡Oh, qué las murmuraciones no son sino ligeras, que esta vanidad no llega á ofensa grave de nuestro Señor.—Y aun que no llegue á eso, ¿no bastará á impedir en una Comunión imponderables frutos? No les dió el Señor el maná á los israelitas hasta que del todo se les acabó la harina que habian sacado de Egipto. No gozaron los sabores de aquel Pan del cielo hasta que ni un almud les quedó del manjar de la tierra.

De un santo religioso, refiere Enrique Gran, que siempre que comulgaba, que era cada ocho dias, le comunicaba el Señor una inefable dulzura que sensiblemente gozaba al recibir el Divino Sacramento. Tuvo éste un disgustillo ligero con otro religioso: díjole no sé que palabrilla picante; todo de tan poca importancia, que siendo muy temeroso de Dios, sin hacer caso se llegó el domingo siguiente á comulgar; pero en vez de la dulzura que antes sentia, sintió ya una amargura grandísima. Conoció la causa, lloróla; y en verdad que aunque la enmendó, no le volvió el Señor á comunicar mas aquella dulzura, dejándole ese perpetuo lustre de su humanidad. ¿Despreciemos ahora, por ligeras, pasiones que de tanto bien nos privan!

Por último: la tercera causa que no nos deja lograr con exceso el fruto de las Comuniones, dice no menos elevado espíritu que el de Santa Teresa de Jesus, (*Camin. de perf. cap. 14.*) es porque despues de haber recibido un Huésped tan magnífico; un Rey tan Soberano, un Dios tan liberal dentro de nuestro pecho, en la ocasion de sus favores, en el punto mismo de lograr sus beneficios, lo deja-

mos solo, sin detenernos en su compañía un cuarto de hora siquiera á darle las gracias y á lograr sus nuevos favores. Divertimos al punto nuestros pensamientos, nos volvemos á las conversaciones; y quizá no pocos, como Judas, levantándose con el bocado en la boca, vuelven las espaldas á Dios. Este es tiempo de negociar con su Magestad todos los bienes, decia Santa Teresa; esta es la ocasion tan preciosa que no habiamos de perder en ella ni un átomo, mientras el Señor, hablando al alma mas íntimamente que nunca, con una de sus palabras puede entónces salvarle: *Cum mansuetudine suscipite insitum verbum quod potest salvare animas vestras. (Jac. 1. vers. 22.)* Esta es la particita del día, en que puede estar nuestro dia eterno, aquel rato inmediato á la Comunión: *Particula boni doni non te prætereat. (Eccles. c. 14.)* ¿Qué bendiciones, qué felicidades no llenaron la casa de Obededon, porque se detuvo en ella por tres meses el Arca del Testamento? ¿Qué salud y qué vida no se le siguió á la casa de Zaqueo, por un rato que tuvo al Señor á su mesa? ¿Qué no logró de dichas la Samaritana, por una breve conversacion á solas con este amabilísimo Peregrino? ¿Pues qué bienes no recibirá el alma si sabe lograr la presencia de este Divino Huésped?

Si pusieran en tus manos la llave de todo un tesoro, dándote un cuarto de hora para sacar cuanto quisieras, ¿qué prisa te darías á sacar mas y mas? Pues darte Cristo su mismo Cuerpo, ¿qué otra cosa es, sino darte las llaves de sus tesoros? Aviva entónces la fé, excita la esperanza, enciende la caridad; y dándole gracias, pídele favores, represéntale todas tus necesidades de alma y cuerpo; dile con humildad, besándole sus piés: No te dejaré.

Señor, ir de mi casa sin que me eches tu bendicion. Ofrécele entónces corregir aquel defecto en que sueles caer, reprimir aquella pasioncilla que te suele predominar; proponle ya moderar las palabras desde aquella á la siguiente Comunión; ya mortificar los afectos, ya vencer este ó aquel apetito; regálate un rato siquiera con lo que es el regalo de los Angeles. Y siendo así, yo aseguro que llenando cada Comunión el alma de muchos bienes, destierran las Comuniones del alma todos los males y cesa la admiracion ó la queja de que tan poco aprovechan las Comuniones.

La Beata María de Victoria, fundadora de las Monjas Celestinas, tuvo esta especial devocion despues de comulgar; (Haut. num. 633.) y era que siempre en accion de gracias, despues de pedirle al Señor sus beneficios, le proponia con veras enmendar algun especial defecto ó imperfeccion de su vida. Con este cuidado, empeñado tambien el Señor en darle sus auxilios, fué subiendo de grado en grado de perfeccion, de modo que algunos años antes de su muerte, buscando qué proponer, ya no hallaba qué; y deseosa de ofrecer á su Magestad algun acto muy heroico, no sabia cuál; cuando oyó que le dijo dentro de su alma el Señor: *Ama me sicut te amavi.* Ofrece el amarme como yo te amé.—¿Cómo puede ser, si el tuyo fué para mí un amor de un Dios, un amor infinito; y el mio es un amor apocado, un amor de un corazoncillo de carne?—Ése, le dió el Señor á entender, será como el mio, si nada, nada le quedare de amor de la tierra; si todo, todo lo pusieres en mí. Con esto quedó llena de regocijo, y prosiguió cumpliendo su promesa. Y ya, si la falta de consideracion, si el descuido de arrancar del alma los afec-

tillos torcidos, si la ingratitud en reconocer siquiera por un breve rato este beneficio, son las causas que nos impiden lograr colmados sus provechos, aliento, almas, á tan fáciles diligencias, y con ellas crezcan los frutos, suban las virtudes, aumentense los méritos que ya desde esta vida adelanten la gloria.

---

## PLATICA L.

DE LA DISPOSICION NECESARIA PARA RECIBIR DIGNAMENTE LA SANTÍSIMA COMUNION.

---

*A 20 de Julio de 1694.*

---

**E**NTRE la muerte y la vida, média nuestra voluntad. ¿Quién creyera que de tales extremos, teniendo tan en su mano la vida, coja uno por sus manos la muerte? Así sucede; y si parece al entendimiento imposible por la razon, lo vemos en la voluntad muy fácil por su ceguédad, cuya disposicion es la que de la misma fuente de la vida hace no pocas veces funesto origen de la muerte. La rosa, apacible hermosura de los prados, le ministra á la abeja dulzuras para su panal, y esa misma al escarabajo le sirve de mortal veneno. El bálsamo, preservativo siempre de corrupcion, si halla el cadáver ya empezado á podrir, es el que lo acaba mas aprisa de corromper. El sol, que derrite la cera, ese mismo endurece el barro. El